

RESEÑAS

SAMUEL P. HUNTINGTON, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Paidós, 1997, 422 pp.

La idea central de esta reseña es doble; por un lado, analizar la tesis de Samuel P. Huntington, según la cual los conflictos internacionales modernos son consecuencia de un choque de civilizaciones, y por otro, proponer una crítica a dicha tesis, argumentando que aún hoy, después de la caída del muro de Berlín y los trágicos sucesos del 11 de septiembre, no es en el choque de civilizaciones, sino en los conflictos de poder entre los estados y diversos grupos sociales que buscan modificar el orden internacional existente, donde podemos encontrar una explicación más adecuada a los conflictos que estamos viviendo.

En 1993 Samuel P. Huntington, reconocido politólogo estadounidense y director del Instituto de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, publicó en la prestigiosa revista *Foreign Affairs* un polémico artículo titulado “¿El choque de las civilizaciones?” Más tarde, en 1996, Huntington transformó su artículo en el libro del mismo nombre, pero esta vez sin los signos de interrogación, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. La tesis central en el libro y el artículo de Huntington era la siguiente: “la fuente fundamental de conflicto, en este nuevo orden internacional, no será ni ideológica, ni principalmente económica. Las grandes divisiones entre la humanidad y la fuente dominante del conflicto serán culturales [...] Los estados-nación se mantendrán como los actores más poderosos del mundo, pero los principales conflictos de la política global ocurrirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. *El choque de civilizaciones dominará la política mundial*” (pp. 21-23). Huntington distinguía nueve grandes civilizaciones, a saber: Occidental, China, Japonesa, Islámica, Budista, Hindú, Ortodoxa, Latinoamericana y Africana. De acuerdo con él, los conflictos más importantes del futuro ocurrirían a lo largo de las líneas de división que separan a estas civilizaciones unas de otras. Las razones que da para sostener dicha tesis son seis:

En primer lugar, según Huntington, las diferencias entre las civiliza-

ciones no sólo eran reales sino además básicas. Las civilizaciones se diferenciaban unas de otras por su historia, lengua, cultura, tradición y, más importante aún, religión. Las distintas concepciones de los pueblos sobre la relación entre Dios y el hombre, el individuo y el grupo, los ciudadanos y el Estado, así como su visión sobre la importancia de los derechos, la responsabilidad, la libertad, la autoridad, la igualdad y la jerarquía llevarían, según Huntington, a inevitables conflictos entre las distintas civilizaciones. Además, de acuerdo con él, estas diferencias culturales habían generado los conflictos más prolongados y violentos a lo largo de la historia.

En segundo término, el mundo se había convertido en un lugar más pequeño, lo que aumentaba la interacción de los pueblos de distintas civilizaciones y a la vez intensificaba la conciencia de las diferencias entre las civilizaciones.

Un tercer punto, que retoma Huntington de su primer libro: *El orden político en sociedades cambiantes*,¹ es que los procesos de modernización económica y cambio social separan a los pueblos de sus identidades locales. En aquel libro, Huntington planteó que la modernización provocaba inestabilidad, por lo que llegó a sostener que antes de tener gobiernos democráticos era necesario tener gobiernos que centralizaran el poder para llevar adelante la modernización.

Un cuarto elemento en el argumento huntingtoniano era que, dado que Occidente se encuentra en la cúspide de su poder, las élites no occidentales buscarán una des-occidentalización de sus países y rechazarán los valores de Occidente. En quinto lugar, las características culturales son menos cambiantes que los intereses, y por tanto aquí es más difícil llegar a compromisos y acuerdos para resolver los problemas que en el caso de los conflictos económicos y políticos. Por último, Huntington argumentaba que, debido a que el regionalismo económico había aumentado, éste podría reforzar la conciencia de las diferencias culturales.

Un análisis cuidadoso de los argumentos anteriores nos ayudará a entender las debilidades de la tesis del choque de civilizaciones para comprender el nuevo orden internacional. En primer lugar, si bien los conflictos culturales han generado violencia, ésta no se compara con la violencia generada durante el siglo pasado por conflictos políticos, no culturales. La Primera Guerra Mundial provocó la muerte de más de 14 millones de personas y en la segunda conflagración perdieron la vida entre 35 y 60 millones. Ambas guerras se llevaron a cabo entre estados que en términos huntingto-

¹ Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 1968, pp. 78-92.

nianos provenían del mismo tronco civilizatorio: Occidente. Los orígenes de la Primera y la Segunda Guerra Mundial están en la competencia por la hegemonía internacional. Ahora bien, Huntington podría argumentar que eso fue en el pasado; sin embargo, los conflictos más recientes, como el de Afganistán y la Guerra del Golfo, se entienden mejor como conflictos por el control geopolítico de la región que como guerras entre civilizaciones. Con su invasión a Kuwait, Sadam Husein buscaba ampliar su poder en la región y controlar el acceso a las principales fuentes de energía del mundo, no expandir el islam. La respuesta de los Estados Unidos, la Operación Tormenta del Desierto, buscaba mantener el acceso a las fuentes de petróleo en Oriente Medio y el equilibrio geopolítico, no hacer avanzar los valores occidentales. Esto no significa que los conflictos de seguridad no se vean exacerbados por los religiosos ni que las élites, como afirma Huntington, no utilicen el discurso religioso para legitimar sus actos.

El segundo argumento, sobre que el mundo es más pequeño, no necesariamente debe traer como consecuencia mayores conflictos, sino que puede alentar la cooperación; eso depende de los intereses de los actores, no de si comparten o no una cultura. Como el mismo Huntington acepta, Japón no comparte todos los valores de los Estados Unidos o Europa y, sin embargo, hay una gran cooperación económica, política y cultural entre ellos. El tercer punto, sobre la inestabilidad que trae la modernización económica, tampoco es del todo convincente. Como lo comprobó Adam Przeworski, el desarrollo económico no es causa de la democracia; los orígenes de la democracia están en el fortalecimiento de instituciones políticas de representación, la defensa de los derechos humanos, la existencia de fuentes de opinión y la protección de los derechos individuales y colectivos de los ciudadanos. En una frase, la democracia depende de la construcción de sistemas de consulta protegida que incluyen elecciones libres y competidas y un Estado de derecho.² Ahora bien, una economía en crecimiento favorece el mantenimiento de un régimen democrático porque permite resolver conflictos distributivos.

El cuarto elemento de la tesis huntingtoniana sobre el choque de civilizaciones, el de que las élites de los países no occidentales buscarán diferenciarse cada vez más de la influencia occidental, asume erróneamente que dichas élites son monolíticas, lo cual es una simplificación excesiva de la realidad. Por ejemplo, hoy por hoy, las élites en todo el mundo, sean éstas occidentales, islámicas, japonesas, rusas o mexicanas, buscan mantener cierto grado de independencia frente al exterior y defender sus intereses naciona-

² Para una discusión sobre los conceptos de democracia, véase Reynaldo Yunuen Ortega Ortiz (ed.), *Caminos a la democracia*, México, El Colegio de México, 2001.

les; no es necesario utilizar la tesis del choque de civilizaciones para entender los conflictos en el Medio Oriente, Asia Central, Europa o África.

En cuanto al regionalismo económico, la existencia de bloques económicos como la Unión Europea, el Mercosur, el TLCAN y la APEC, a pesar de sus imperfecciones, hasta el momento ha significado un aumento sustancial en el comercio y ha favorecido el desarrollo de los países miembros de dichas organizaciones; sin duda existe el peligro (tema de otro ensayo) de que en vez de un regionalismo abierto surjan presiones de proteccionismo creciente, pero esto dependerá de las decisiones de los estados.

Finalmente, con respecto a la fuerza e inmutabilidad de los valores frente a los intereses tengo dudas importantes. Como argumenté, en el pasado las conflagraciones mundiales se gestaron por el choque de los intereses políticos y económicos, no de las civilizaciones, y los conflictos recientes más violentos, como el árabe-israelí, las matanzas en Ruanda y Burundi, la guerra entre Irán e Irak, la del Golfo y recientemente la de Afganistán, responden a amenazas de seguridad más que a choques entre civilizaciones.

REYNALDO YUNUEN ORTEGA ORTIZ

JAVIER AUYERO, *Poor People's Politics. Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*, Nueva York, Duke University Press, 2001, 257 pp.

Es difícil escribir algo definitivo sobre Eva Duarte de Perón, porque no hay una sola Eva. Siendo ella una figura en reinterpretación constante, pareciera como si existiesen muchas. Es una pero muchas, es constante con variaciones infinitas, es certeza para muchos, ficción sin consecuencias para otros tantos, pero, más que eso, es posibilidad. Eva, Eva Duarte, Eva Perón, Evita: mito/presencia, ideas/hechos, realidad/imaginación, historia/leyenda, una mujer alrededor de la cual se han configurado las "rupturas" típicas del pensamiento moderno.

Comentar un libro que trata sobre un personaje tan complejo, tanto por su relación con el sistema político argentino como por las interpretaciones de carácter casi mitológico que se hacen a su alrededor, resulta un trabajo hercúleo. Por lo anterior, en esta reseña sólo se exploran someramente dos ideas que se desprenden del argumento de Auyero: 1) las implicaciones de la figura de Evita en las relaciones "clientelistas" puestas en práctica en Argentina, sobre todo con la mediación de las mujeres del Partido Peronista (PP), y 2) la manera en que su figura se ha insertado en la mitología de la cultura del espectáculo mundial. Con esto se persigue el ob-